

Las escuelas de comunicación y su respuesta ante la coyuntura actual

Francisco Prieto

En febrero de 1982, el Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana inició una nueva etapa. Eran los preludios de la crisis económica; del resquebrajamiento de las ilusiones del hombre medio de este país que pretendía vivir en el llamado primer mundo.

Ante la situación que empezaba a vivirse era necesario que los estudiantes del departamento reforzasen su formación humanística —Filosofía, Letras, Teoría Social—, realizasen investigación para la producción y se rompiera la ya antigua dicotomía comunicólogo-comunicador.

Vayamos por partes:

En primer lugar, como he señalado, era menester garantizar la formación humanística de los estudiantes. Y es que nadie puede investigar para expresarse y comunicar, si no es a partir de un sistema de ideas y creencias concienciado que es, en principio, lo que caracteriza al hombre culto. A partir de ahí se afina la percepción y se busca lo que ya se hubo encontrado. Entonces, la realidad puede imponerse y modificar el a priori para devolvernos lo que verdaderamente se hallaba en nosotros, o para hacernos patente haber partido de un error. Finalmente, en toda realidad hay un sujeto y un objeto y a éste llégase por aproximación, de modo que el conocimiento más fiel de éste sólo se alcanza entreviendo o, lo que es equivalente, por vía dialógica.

Ahora bien, si la Filosofía pretende encontrar la razón fundamentante de todo conocimiento —del hombre, de la sociedad, el arte y las ciencias—, de modo que las teorías sociales y psicossociológicas vienen a ser derivaciones especificantes que comportan corpus técnicos de análisis y praxis profesional —aunque a menudo el hallazgo de determinadas correlaciones obligue al planteamiento último, filosófico, en cuyo caso este último procederá a iluminar a aquél ensanchando el campo del conocimiento posible—, la literatura, por su parte, nos introduce en un modo del conocer no racional y no discursivo que nos remite a la vida de donde proviene. Es, precisamente, este conocimiento el que a través del lenguaje permite expresar lo no conceptualizable y nos muestra la autenticidad de voces distintas, percepciones diversas, etc., de manera que el hombre repara en su necesaria contingencia y en cómo a la verdad se llega entreviendo.

Ahora bien, el comunicador es, ni más ni menos, el periodista de los tiempos que corren, o bien, lo que sería una relación análoga, el hombre de letras de la sociedad de la posguerra. Me explico:

Entiendo por hombre de letras aquel que se interesa por la cultura viva, es decir, por el conjunto de ideas y creencias que da sentido y dinamiza a la sociedad. Y la diferencia de la función del hombre de letras en los tiempos actuales con su homólogo del Renacimiento, estriba, indudablemente, en que la educación formal ha sido ampliamente rebasada por aquella que deriva del conjunto de medios de comunicación colectiva, de modo que se vuelve responsabilidad del letrado la actividad periodística que le ponga en contacto con los diferentes estratos sociales. Esta conjunción del hombre de letras y el periodista significa el encuentro del comunicólogo con el comunicador.

Surgirá en más de uno la pregunta de si el periodista no ha sido siempre, en esencia, un letrado. Y, claro, es característica del periodista la curiosidad por los distintos campos del saber aunada a una necesidad interna de establecer una cierta coherencia en función del obrar humano conjunto. Sucede, sin embargo, que coexistía habitualmente el periodista con el hombre de letras quien buscaba, en un nivel superior, objetivos similares, si bien con una red de intereses más limitada.

Es la aparición del cine y la radio, pero sobre todo de la televisión, y aún más, del resultado de la suma de dichos medios más el periódico, lo que vuelve la situación tradicional insostenible. En efecto: la suma de estos vehículos provoca que el hombre medio haya rebasado el umbral de sus posibilidades de retención y síntesis

profunda. Esto lleva a plantearnos la obsolescencia del periodista tradicional pero también la urgencia de que el humanista se establezca en los nuevos medios.

Entiendo que un buen filósofo difícilmente sea un buen aviador y viceversa, pero he dejado de entender la crítica que se hiciera a Henri Massis cuando anunciaba que la gran novela que pudiera producirse debía unir a la vehemencia metafísica de los rusos, el buen orden francés. Con lo que quiero decir que los tiempos, al cambiar, generan nuevos tipos humanos.

Si un técnico difícilmente sea un filósofo, los medios de comunicación presuponen un humanista que con voz original o sin ella busca expresarse comunicando. Con lo que se establece una diferencia con el artista cuya misión es, en principalísimo lugar, expresarse. De hecho, en el caso del comunicador, la expresión puede muy bien responder a un acto de la inteligencia para transmitir los hechos interpretados en función del bien común. Dicho de otro modo, si el artista sólo enriquece a la sociedad desplegando su más radical individualidad, el comunicador debe anteponer el ser social actual de la comunidad a la que pertenece. En caso de partir de la conciencia de la crisis y la caducidad de la sociedad, su labor de búsqueda se concentra en la restauración del equilibrio o, visto de otra manera, en procurar el cambio paulatino fincado en la tradición. A este respecto deben iluminarnos las palabras de Cioran:

“Para que una nación destaque, es preciso que posea un nivel medio aceptable. Lo que llamamos civilización o sencillamente sociedad, no es otra cosa que la excelente calidad de los mediocres que la componen”.

Y he aquí a lo que, en primerísimo término, debemos atender ya que la excelencia de los mediocres consistirá, precisamente, en que han rebasado la posibilidad de la ingenuidad, por una parte, mientras que por la otra son capaces de realizar eficazmente sus labores técnicas; así, la falta de inspiración es suplida por la habilidad para la construcción de su discurso. Dicho de otro modo: a los talentos medianos, que constituyen la mayoría, debe la universidad sacarlos haciéndoles ver lo desmesurado de su pretensión frente a la pequeñez de su potencial. Y esto se logra con una sólida cultura general fincada en el saber filosófico y la experiencia literaria. No se trata que dé la universidad un saber erudito, sino de que permita al comunicador encarar los paradigmas fundantes de los diversos conocimientos y hacerlo de tal manera que a todos los egresados quede claro que si, por una parte y como señalara Gide, elegir es renun-

ciar, por la otra, toda la elección implica un riesgo. Además, es fundamental recordar que en los tiempos que corren hay que reencontrar la ilusión a partir del desengaño y que, por tanto, debe desflorarse al alumno de las esperanzas primitivas o arcaicas. La esperanza debe ceder su lugar a la espera y la espera se funda en asumir la culpa de nuestros progenitores, y hacerlo de tal manera que recuperemos la inocencia. Al fin y al cabo, no es difícil enfrentar la culpa: está en la desorientación de las generaciones actuales, está en nuestro cielo impuro . . . Sí, este último con todo lo que con él entiendo: deshumanización radical de las urbes que termina por remitir a los jóvenes a los paraísos artificiales, y éstos, como todo lo artificial, lleva al descastamiento y a la muerte. Aquél, mucho más comprensivo porque abarca a todo el país; desorientación de los jóvenes que obedece a factores comunes en buena parte del mundo contemporáneo. Desgloso:

1. La televisión como la radio se centran y se explican no por la necesidad de diversión en el ser humano, ni por los requerimientos de información, ni siquiera por su función comercial dominante en nuestro país, sino por ser medios de evasión. Lo son porque ante ellos uno no elige. Están en el aire de día, de noche, y no requieren de un acto previo que nos lleve a seleccionar un producto conforme a nuestras necesidades internas. En rigor, carecen de programa y no pueden de modo alguno tenerlo. Idealmente, debían estar puestos ahí para que cuando, ocasionalmente, uno se sintiera fatigado pero sin el imperio del sueño, vacilante entre varias posibilidades . . . , les atendiera un momento como suele hacerse con ellos para que le arrullen y le propicien el sueño. La idea de evasión es la dominante: qué mejor ejemplo sino la radio que se lleva prendida en el automóvil como acompañante imprescindible salvo que se esté dominado por un sentimiento avasallador. La radio y la televisión permiten una elección de grado menor al punto que las posibilidades que ofrecen en un momento determinado suelen estar desconectadas de algo pre-conscientemente buscado. Y esta intencionalidad de la búsqueda es la que caracteriza al hombre con un proyecto de realización y de goce. Si se va haciendo la vida ayudado, entre otros factores, por la lectura y el cinematógrafo; la radio y la televisión cumplen una función de simples acompañantes. Pero resulta que esas comparsas se han vuelto sucedáneas de la existencia para el hombre de nuestros días.

2. El mundo ha conocido el envejecimiento, con lo que quiero decir, que se pasó de la creencia religiosa como fundamentante de la

realidad — la vida tiene un sentido y estamos aquí para algo o, en el peor de los casos, existe una naturaleza que conlleva un destino— a la fe profana en el progreso. El siglo XX ha hecho evidente la relatividad de la idea motor de progreso con sus guerras mundiales y locales, sus campos de concentración y la omnipresencia de la policía. El marxismo como praxis política se fue cristalizando en una iglesia-institución terrible: a diferencia de la Romana, no tenía un poder enfrente que mediase.

3. Los medios modernos de información, en cualquier parte de este mundo y no importa la tendencia ideológica dominante, sacan al hombre de sí mismo remitiéndolo a un afuera más o menos inhospitalario; como todo afuera que no está impregnado de la propia subjetividad. Finalmente, el yo puede ser una prisión insoportable, pero desde ahí actuamos en el mundo y actuamos sobre el mundo. Si la realidad ha sido siempre compleja, hoy —querramos o no— estamos sobresaturados de información, y como hombres que somos tenemos la necesidad de integrarla en un centro que no puede estar más que en nuestra yoidad. Para esta operación, se requiere de la vida interior contra la cual todo conspira.

4. Todo el complejo de informaciones no suficientemente procesadas por el hombre medio, su carencia de convicciones, la falta de valores vivos compartidos comunitariamente, un mundo, en fin, ordenado en función de la productividad y de la eficiencia y donde se corta de raíz la interacción necesaria entre lo imaginario y lo real-concreto, pesan sobre el individuo haciéndole asumir al nivel de intimidad su debilidad objetiva, lo que provoca la merma de la afectividad en el seno de las familias, al punto que el hogar termina por ser lugar de paso y no de reconstitución del ser.

Impera, por tanto, en el mundo actual el desasosiego por la pérdida de la esperanza. Los hombres, ¡ay!, han dejado de vivir en la paz.

Entonces, si el comunicador es el factor de integración por excelencia en una sociedad —ya sea que se desenvuelva en los medios o en la corporación— (y debo añadir que no creo en el comunicador como hombre de ciencia ni como investigador, por la sencilla razón que un comunicador efectivo se basa en la connaturalidad que forma parte del conocimiento práctico, y dirige el comunicador sus mensajes a los hombres que son razón y sentimiento, por tanto, contingencia y dinamismo existencial, de modo que la llamada comunicología surge de un entrecruzamiento entre la actividad artística y las ciencias sociales), entonces, si el comunicador es el factor de integración por excelencia en una sociedad porque es él quien traduce los di-

versos códigos y los integra en entidades que conlleven sentido para el público al que dirige, y se diferencia del artista, como ya se señaló, porque no se trata para él de expresarse sino de expresar, una escuela de comunicación que se respete tiene por misión principalísima dar la posibilidad a sus estudiantes de situarse en el corazón de los hombres de su tiempo. Mas antes de seguir adelante, quiero que reparen ustedes en la gran cantidad de egresados de escuelas de comunicación que se nos presentan como comunicólogos y cuyos trabajos de investigación muy bien hubiera podido realizarlos un sociólogo, un psicólogo o un administrador por vía autodidacta o de cursos especializados en medios y teoría de la información —y a fe mía que les bastaría con unos pocos—; y quiero que reparen ustedes también en la gran dificultad que suelen tener esos sujetos para comunicarse con los demás, lo que es profundamente contradictorio con la carrera que eligieron.

Entonces pareceme que podemos retomar la idea con la que he iniciado esta conferencia en el sentido de que el comunicador que requiere nuestro tiempo —que es de crisis más allá de la crisis coyuntural que en estos momentos padecemos en México y en otros países— no puede ser sino un hombre de letras con las características de intereses generales que han tenido los periodistas desde tiempo inmemorial, pero, asimismo, que este comunicador de aquí y de ahora requiere de una preparación universitaria que era propia del hombre de letras del Renacimiento e innecesaria para el periodista de antes de la posguerra. Procuraré explicarme:

Si las sociedades, como Toynbee ha explicado a satisfacción, responden al binomio reto-respuesta, y el tipo psicológico del periodista existe, el reto para éste consiste en articular una sólida cultura general al tiempo que se especializa en una rama determinada de su actividad.

Ahora bien, para lograr tal propósito, las escuelas de comunicación colectiva deben, en primer término, preparar a sus estudiantes en Filosofía, específicamente en los campos de historia de la misma y de teoría del conocimiento, con lo cual el estudiante caerá en la cuenta de que más allá del estar se encuentra el ser, es decir, que visto desde la raíz no hay nada nuevo bajo el sol. En otras palabras, que el progreso en el campo del conocimiento es sólo relativo. Hay, ciertamente, ahondamiento, modalidades novedosas pero, sobre todo, necesidad de decir lo mismo con distintos referentes y un lenguaje que responda a las exigencias del tiempo que se parasita. La constatación de estas cosas producirá, aun en el pupilo más lerdo, una sana

rebelión sobre un fondo de sensato escepticismo. Para lograr, en fin, ese objetivo serán necesarios tres cursos de Historia de la Filosofía desde la perspectiva comunicacional, a saber, la otredad; donde en el primero se trabajen los pensamientos chino e hindú y los presocráticos; en el segundo se estudie a Sócrates, Platón y Aristóteles y se concluya con los llamados pensadores de la decadencia, todo ese conjunto excitante de escépticos y de hedonistas que pefiguran los materialismos y los existencialismos en todas sus gamas; en el tercer y último curso, el estudiante analizará comparativamente a Agustín-Tomás, Descartes-Kant, Hegel-Kierkegaard . . . Estos tres cursos más uno de Teoría del Conocimiento, serían el prelude de Filosofía del Hombre, donde se analizarían algunas antropologías paradigmáticas, por ejemplo, la correspondiente al pensamiento de Bergson, Ortega, Nietzsche y Marx. Este curso podría llevarse simultáneamente con uno de Filosofía Social donde se enfrentasen el pensamiento cristiano y el pensamiento marxista. Finalmente, un curso de Estética para precisar cómo a una determinada epistemología corresponde una antropolología y una concepción de la actividad artística.

En lo que respecta al pensamiento social, el estudiante de Comunicación debe conocer, y creo que dos semestres serían suficientes, las grandes líneas de cosmovisión sociológica de Durkheim, Marx, Pareto y Weber, de donde se derivan todas las posibilidades que se han desarrollado ulteriormente. Será necesario, asimismo, un curso de Psicología Social que conlleve lecturas obligatorias de Freud, Jung y Skinner. Este se complementarí con uno de Psicología de la Comunicación, a fin de plantearse sistemáticamente las cuestiones relativas a los grupos, la masa, el rumor, los llamados roles sociales, etcétera.

Será necesario, por otra parte, que el estudiante se prepare en Antropología Social, a fin de abrir su sensibilidad teniendo a México como base, a distintos modos de la percepción, de concepción de la temporalidad y de la especialidad; todo esto con el fin de ahondar el sentido de la relatividad y sembrar la duda respecto de todo saber que se reclame como absoluto.

En lo que toca a cursos especificantes de Comunicación, es fundamental aparte del ya señalado de Psicología de la Comunicación, un primer acercamiento donde se presenten los esquemas básicos de la comunicación social (Quintiliano, Aristóteles —lectura obligatoria de la Retórica—, Schramm . . .); un segundo que lleve al alumno a familiarizarse con teóricos que desde la raíz ahondan en la problemática comunicacional: Walter Benjamin, Adorno Horkheimer, Marshall McLuhan, Umberto Eco, Jürgen Habermas . . . El tercer curso

puede destinarse a la historia del pensamiento latinoamericano en la materia. Finalmente, cursos de Comunicación Interpersonal que pueden tomar como modelo a Frankl, Watzlawick, Ruesch y Bateson, Laing, Sartre. No puede faltar un cuarto semestre destinado a Filosofía de la Comunicación, pero en esta ocasión tomando a un autor específico. Estos dos últimos enfoques llevarán al educando a ser sumamente cauteloso ante cualquier pensamiento que en busca del bosque no repare en los árboles.

Todos esos cursos de Comunicación, en fin, se complementarían con introductorios a los diversos medios: periodismo, radio, televisión y cine. Aquí no se incluiría uno relativo a la publicidad porque las reflexiones pueden surgir del estudio sistemático de la retórica aristotélica, que es la llave para penetrar en el mundo de la persuasión y de la propaganda.

El resto de materias obligatorias quedarían conformadas por una introducción a la investigación o Metodología general, otro más avanzado donde el estudiante se familiarice con el método estadístico y cuatro cursos de literatura: dramática, que funcionase mediante el estudio de una obra de cada autor representativo de las líneas fundamentales de la construcción teatral, así Esquilo, Shakespeare, Lope de Vega, Molière, Ibsen, Strindberg y Brecht. Los otros tres serían de narrativa mexicana para subsanar la ignorancia que tienen los universitarios al respecto y como una vía para el conocimiento de nuestra sociedad en los siglos XIX -- itan ignorado y rico! -- y en el actual. Por último, un curso de Filosofía del Lenguaje seguido de otro de Semiótica.

Un plan así lleva, necesariamente, al estudiante a la necesidad de integrar los diversos planos del saber, a entender la cultura como un cuerpo dinámico y, sobre todo, a perder la inocencia. Se evitarían, por otra parte, las modas o derivativos que, al fin y al cabo, todo se encargará de que el estudiante acuda a ellas . . .

En cuanto a las especialidades, éstas deben organizarse conforme a medios y deben incluir, al menos, dos semestres de investigación. Las especialidades, por otra parte, obedecen a necesidades regionales y sería bueno propiciar un sistema de reválidas, de manera que un estudiante de Hermosillo, pongamos por caso, pueda cursar la especialidad que le interese en otra universidad de la misma localidad o marchar a otro estado de la República donde haya un centro especializado en tal asunto. Y es que las especialidades no sólo no deben ya entenderse de un modo genérico, a saber, televisión, sino

que han de ser especialidades especificantes, por ejemplo, televisión educativa o dramática.

Si los medios de Comunicación modernos no pueden dejar de ser medios de evasión, es importante que, paulatinamente, compartan la dimensión de las bellas artes contemporáneas que parten de la necesidad de participación activa del receptor con la dosis que ello comporta de agresión. Como dijera André Gide, no se puede hacer buena literatura con buenos sentimientos, y creo que la tarea que tenemos por delante es despojar a nuestros jóvenes de ilusiones banales que los llevan, en su incultura, a entender por producto alternativo unos adefesios moralizantes basados en el amor a la patria o a Dios, en el no beber, follar sin riesgo, ser optimista, constructivo, positivo y demás discursetes de mal gusto. Por lo pronto, un hombre que posea el sistema vital de las ideas de su tiempo sabrá acomodarse conservando una distancia crítica que le permita, poco a poco, paso a paso, ir transformando formas y, por tanto, contenidos. La tarea es larga y, finalmente, los cambios sociales no recaen, básicamente, en el comunicador; sucede, sin embargo, que éste puede incidir en los cambios.

La tarea es desflorar al estudiante de su inocencia aprovechando el fervor de sus veinte años, su predisposición al entusiasmo nihilista por la circunstancia que le ha tocado en suerte; reencontrar la ilusión más allá de las cadenas de las diversas nebulosas mentales que le han sido impuestas. Sólo esto permitirá sobre bases realistas reemprender el camino hacia la aparición de una nueva modalidad de la fe colectiva que nos haga sobrevivir.

Hay que reencontrar valores trascendentales que hagan al hombre natural el sacrificio, lo cual sólo se logrará en la medida en que el contacto con el pensamiento y la existencia, esto es, con la cultura, nos haga decir como el narrador de Camus que, a pesar de todo, hay más cosas en el hombre para admirar que para despreciar. Hay que recuperar, por tanto, el grito de los surrealistas: transformar el mundo, decía Marx, cambiar la vida, escribía Rimbaud, pues los dos principios no son más que uno solo. Y Marx sin Rimbaud es como el amor burgués, como comer un huevo sin sal: cosa bufonesca que hiciera exclamar a Milan Kundera "la vida está en otra parte".